

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UNA LLAMADA DE ATENCION

MORTALIDAD INFANTIL POR ACCIDENTES

LOS padres de familia, por ley natural encargados del cuidado de los niños, son, por su descuido y falta de previsión, muchas, muchísimas veces los culpables de la muerte de sus pequeños. Mucho más, dicho esto en recientes congresos de pediatría, el médico que certifica el deceso no siempre hace constar en forma terminante la causa verdadera y se conforma con indicar el efecto, o sustituye éste por otra enfermedad posible. Sin embargo, ya es tiempo que se repare en la urgencia de ilustrar y responsabilizar a los padres, a los maestros, y a cuantos tienen bajo su cuidado o tutela estos pequeños seres que el progreso y la civilización, si por un lado los salvan de muchas enfermedades, por otro lado les amenazan constantemente. No exageramos. Piénsese en el torrente interminable, apenas cortado por los rojos y los verdes de los semáforos o los pitazos de los policías, de automóviles, camiones, buses y cuanto Dios permitió crear al hombre motorizado que circula por las calles. Pone los pelos de punta observar a padres de familia que dejan a sus pequeños ir como pajaritos locos, saltando, corriendo, por las calles, sin recapacitar que están en peligro de muerte y que los niños no miden la amenaza que les acecha en cada esquina.

Pero dejemos el torrente callejero de ruedas y humo de motores, bocinas y no pocos insultos entre los chóferes, y entremos a los hogares. Aquí muchas veces el cuadro es de pronóstico reservado. Los padres por lo regular se cuidan poco de alejar de las manos de los niños materias inflamables, ventanas de altos pisos abiertas de par en par, y en estantes o mesas, muy a la mano, frascos de remedios, algunos venenosos, o simplemente venenos. A la hora de la tragedia, la evidencia de tal descuido parece revelarse en placas instantáneas que repiten siempre la misma fotografía: las madres compungidas, tragán-

dose los pañuelos empapados en lágrimas, todo en alarma y el médico luchando por salvar al infante. ¿Qué ha sido? Nadie se lo explica y todos se lo explican. Simple y flagrante descuido de los familiares que olvidaron sobre la mesa del dormitorio el somnifero que el niño apuró en gran cantidad.

Y el mismo cuadro, en la cocina, donde el pequeñuelo se ha volcado encima, la cacerola de agua hirviendo, o ha metido la manita en la sartén de aceite para freír papas. En los dos casos trátase de accidentes que pueden tener como consecuencia el que el niño quede inválido. Pero, no lejos de la cocina, en el cuarto de papá, el chiquillo, desgraciado de él, ha encontrado un revólver cargado, con el que juega a la guerra con su hermanita. El disparo y un cuerpecito que se desga-ja es el epílogo trágico de esta situación.

Por otra parte, con el adelanto actual, ese fluido que se llama la electricidad, que tanto usamos, pero del que tan poco sabemos, circula, como circula la sangre en nuestros cuerpos, por las paredes, los pisos y los techos de nuestras casas. Mas sus beneficios, el confort que proporciona una vuelta de llave y la luz se hace, la cantidad de horas de trabajo que ahorra el ama de casa, la alegría que representa su claridad esplendorosa, todo se torna tenebrosa el día que el primogénito introduce el dedo en un toma corriente y cae fulminado. No hablemos de las veces que hay alambres pelados que de un día para otro se deja el aplicarse la cinta aisladora que los hará inofensivos, o en llamar al electricista para que termine aquel foco de peligro, para todos los de la casa, para la casa misma, pues puede producirse un corto circuito y originarse un incendio, pero sobre todo para el niño.

Y así podrían multiplicarse los ejemplos. Basta leer las crónicas de los sucesos diarios en los periódicos para darse cuen-

ta del número de niños que se accidentan diariamente, número que va en aumento, hasta constituir a la fecha un verdadero flagelo para la sociedad que ve segar tiernas vidas, no por la fatalidad, preciosa excusa, sino por el descuido de los encargados de velar por los pequeños, atención que debería multiplicarse casi geométricamente, pues aritméticamente crecen los peligros de día en día.

Las últimas reuniones pediátricas han dejado constancia elocuente de este nuevo flagelo. Las estadísticas son reveladoras. Por 78 niños que mueren de tuberculosis, 160 fallecen por accidentes. Mientras la ciencia se esfuerza diariamente por evitar que las enfermedades que antes diezaban a los niños ahora hagan presa de ellos, los accidentes en que éstos perecen van en pavoroso aumento. Y eso que las estadísticas no siempre registran el total de tales muertes, pues, ya lo decíamos, muchas veces se ocultan, lo que deja suponer que el número de accidentes mortales para los niños es mayor.

A lo largo de esta llamada de atención, sólo hemos hablado de los pequeños que la parca corta en flor infantil, con su seca guadaña. Pero al margen de los que definitivamente se van, hay un ejército de chiquillos que debido a los accidentes quedan deformes, con los ojos apagados en las caritas tristes, con un brazo o una pierna de menos, o la columna vertebral rota.

Y dejamos sin tocar el capítulo de los padres de familia que con sus autos llenos de chiquillos, hijos o nietos, hacen velocidades, exponiéndolos a la muerte, sin que los pobrecitos se den cuenta de la locura de sus progenitores.

Miguel Angel ASTURIAS

Premio Nobel

DE PRONTO

UNA CULTURA CASI SIN LIBROS

DE un tiempo a esta parte —un año, o poco menos—, apenas se publican libros en catalán. Lo podemos comprobar sin demasiado esfuerzo de recuentos, con una simple ojeada a los escaparates del comercio librero, a las listas bibliográficas de «Serra d'Or», a las columnas que LA VANGUARDIA dedica semanalmente a nuestro movimiento editorial. En número y en ritmo, la producción ha decaído de manera aparatosa. Y no parece que el futuro inmediato prometa grandes mejorías. El panorama resulta aún más tétrico si se observa que, a la vez, la reducción toma el carácter de un regreso a ciertas exclusividades digamos localista: se sacrifican las traducciones y se prefieren los textos de tema abusivamente autóctono. Digo «regreso», y no a humo de pajás. En realidad, volvemos a la situación de los tristes y sufridos cincuenta. Fue, aquella, una época de intentos meritorios, cuyo desarrollo venía frenado por obstáculos que nadie olvidaba: salían a la venta pocos libros, y dulcemente aromados con esencia de englantina. La última década significó un avance muy halagüeño. No sólo se multiplicaron las ediciones, sino que, simultáneamente, se abrieron a la más diversa sugestión intelectual e ideológica. Parecía que nos acercábamos a la deseada, a la difícil «normalidad». Y, de pronto, nos encontramos donde estábamos. O quizá peor, porque ahora no tenemos la justificación, o la excusa, de los vetos administrativos. Ahora, la culpa es «nuestra».

¿De quién?... A raíz de los premios que se otorgan en la noche de Santa Lucía, el diciembre pasado, en los medios «literarios» de Barcelona y municipios contiguos se desencadenó una efusiva algarada de tonterías en torno a una supuesta «crisis». No faltó quien pusiera un particular empeño en asegurarnos que lo que se desintegraba era la mismísima cultura catalana, aunque la pobre cultura catalana no estaba más en crisis —ni tampoco menos, desde luego— que cinco, diez o veinte años antes: quiero decir, en cuanto a trabajo individual de la gente de letras indígenas. El problema real entonces insinuado era, en efecto, un amago de crisis editorial. Pero no se habló de ello con franqueza, ni se hizo mucho para ponerle remedio. Y la confusión cundió. Hoy, sin duda, ya empieza a verse claro en lo ocurrido y en lo que sigue ocurriendo. Quizá no tanto como convendría. De todos modos,

el hecho crudo es esa alarmante epizootia que va matando, una tras otra, las colecciones de libros catalanes, o que, si no las mata, las debilita hasta un extremo lamentable. El fenómeno, se mire como se mire, es de una extraordinaria importancia. Y no deja de sorprender la indiferencia con que es aceptado por parte de unos sectores sociales —huelga definirlo— que moralmente, e incluso políticamente, habrían de ser los primeros en poner el grito en el cielo.

Unos, el grito en el cielo; otros, la mano en el bolsillo, y precisamente para sacarla con aportaciones de urgencia. Me abstendré de referirme a estos últimos: el asunto es vidrioso, y además, carezco de datos, de autoridad y de ánimo para enfocarlo. Pero, cuando menos, era de esperar un mínimo de «griterio» entre los profesionalmente involucrados en la manobra: los propios intelectuales. Ellos «dependen» del libro: su jornal, y en todo caso su obra, van ligados al libro. Y confieso no haber visto más allá de tres o cuatro comentarios de tal procedencia, en papel impreso, que aireen la cuestión. Puede que se me haya escapado alguno más. En conjunto, nadie ha dicho esta boca es mía. Tal vez sea porque, contra toda lógica, somos muy escasos los que nos sentimos verdaderamente «profesionales», y abundan, en cambio, los colegas únicamente preocupados por su estricta producción personal, editable al azar y, sobre todo, escrita para sus solas —y respetables— satisfacciones domésticas. No tiene idéntico alcance la «crisis» para Manuel de Pedrolo, Ramon Folch, Baltasar Porcel o Terenci Moix, pongo por caso, que para otros igualmente insignes literatos cuya labor se distingue por la intermitencia, la lentitud o el tic narcisista... sea como fuere, considero escandaloso el silencio general. Por lo demás, en el mecanismo industrial del libro, la responsabilidad del autor —o traductor, o mero asalariado de asesorías y correcciones— queda bastante salvada de cara al lio actual de las ediciones catalanas. Por supuesto, la «culpa», si culpa hay, no recae sobre el modesto gremio de la pluma. ¿Entonces? ¿A qué se debe esa pasividad? ¿Por qué no se levanta ninguna voz pidiendo explicaciones?

Más que pedir las, habrá que proponerlas y sugerirlas. No es de esperar que los otros dos «ingredientes» de la cuestión —los industriales del libro y su clientela— intervengan en el

debate. Ni los unos ni la otra tienen costumbre de tomar la palabra, cuando llega el caso. En lo que afecta a las empresas, debemos reconocer que el reloj no les es demasiado favorable. La crisis editorial no es, en estos días, exclusiva de los tinglados que fabricaban en catalán. En alguna medida, el mal es genérico y no hay rincón del mundo que quede al margen: factores tecnológicos lo deciden. La aparición del «libro de bolsillo», además, altera los viejos planteamientos artesanales y mesocráticos de la edición, e incluso los ya poderosos de los oligopolios tradicionales. Al sur de los Pirineos, para acabarlo de arreglar, se añade una conjuntura económica espinosa. No son las editoriales catalanas las únicas en irse al traste. Esto es obvio. Las proverbiales habas se cuecen también en la casa del vecino. Admitido. Pero en la nuestra, y sigamos con la parremiología, a calderadas. ¿A causa de qué? Participamos de las dificultades comunes, por supuesto. Y, encima, arrastramos otras que conciernen al «status» social del idioma. Sin embargo, esto no agota el análisis. Ni mucho menos. Al fin y al cabo, el libro en catalán goza de una contrapartida relativamente favorable: un afecto extraliterario, o extraintelectual, que, sin ser nada del otro jueves, le permite un grado de supervivencia increíble en sitios de premisas lingüísticas diferentes. La razón última tendría que buscarse a niveles «empresariales» muy concretos: mediocridad financiera, administración demencial, tamaño antieconómico del negocio, despiste mercantil, casos inimaginables de idiotéz en la selección de títulos, megalomanías precipitadas...

Naturalmente, estos son episodios tabú. Quienes por oficio o por casualidad tenemos alguna relación con el mundo editorial catalán podríamos contar amenas historietas, muy circunstanciadas, acerca de ellos. Pero sería imprecendente, creo. Las primeras víctimas de esa extraña racha de locura son las personas que se jugaron su dinero en el trámite, y en el pecado llevaron la penitencia. No les daremos el pésame, pero tampoco vale la pena de agregar a la incomodidad de sus pérdidas el reproche supernumerario de unas líneas más de la presente nota. Ellos hicieron de su capa un sayo, y a quien san Juan se la dé, san Pedro se la bendiga. Ni siquiera hallo inconveniente en alabarles la buena intención. Aunque ya se sabe que de buenas intenciones está empe-

drado el infierno... Y ahí voy: la memorable, preciosa suma de «buenas intenciones» acontecidas en este país, durante los diez años últimos, se ha resuelto, al final, en la nada. O casi. En un abrir y cerrar de ojos, la mayoría de las colecciones de libros en catalán han cancelado sus proyectos, o los han reducido a una escuálida presencia residual. Los interesados, como es comprensible, tratan de desplazar la acusación, y señalan con el dedo al otro posible «culpable»: el mercado. ¿Ha fallado el público? ¿No había compradores, bastantes compradores, para el libro catalán? ¿No los hay?

Estas preguntas son arduas de contestar. Admiten muchos distinguos, y, en definitiva, sólo podrían dar luz si se aplicasen a un «test» casuista: libro por libro. No hay que olvidar, además, que el mercado catalán absorbe libros —más libros— en otras lenguas que en la propia. Pero, bien mirado, algo queda fuera de toda duda: que existía y existe un público «virtual» numeroso, y creciente, para el «bouquin» autóctono. Nunca como ahora ha habido tantos vecinos capaces de leer en catalán y con capacidad para comprar algún libro de vez en cuando. No todos los libros en catalán ni cualquier libro en catalán, desde luego. Sin embargo, ahí están: unos cuantos miles de clientes seguros en principio. Lo certifican las generosas tiradas que han obtenido algunas obras, las circunspectas reediciones de otras, el término medio de ventas para títulos «razonables». Ese público continúa esperando mercancía. Su demanda no será opresiva y estentórea, pero puede perfectamente desviarse si no encuentra una oferta adecuada. En el momento actual, el lector catalán no tiene donde escoger: de las «vacas gordas» ha pasado, no a unas todavía aprovechables «vacas flacas», sino al vacío más desconsolador... Si todo fuera un problema «editorial» —una esperanza de lucro como cualquier otra—, sobrarían las apostillas. Lo malo es que anda por medio eso que llamamos cultura catalana. Y la cultura catalana no la «formamos» sólo los escritores, los eruditos, los dramaturgos, los etcétera, sino también la gente que lee en catalán, o que habría de leer en catalán. Y la lengua catalana.

Joan FUSTER

CALEFACCION
para
NAVES INDUSTRIALES

GENERADORES DE AIRE CALIENTE
PARA ACEITES PESADOS O GAS CIUDAD

PULSOTERMOS
PARA AGUA O VAPOR

TALLERES
TRIAS SAPERA
CONSEJO DE CIENTO, 452 TEL. 226 91 04 - BARCELONA - 13

CONSTRUCCIONES PARA LA UTILIZACION INDUSTRIAL DEL AIRE

Reconocimiento médico anual «CHECK-UP»

La salud no es simplemente la ausencia de la enfermedad, sino un estado de bienestar físico, mental y social. Por desgracia, en esta época de increíbles adelantos científicos, el individuo sólo acude al médico cuando su salud está alterada, buscando la curación de una enfermedad que en muchos casos pudo ser evitada. De aquí la necesidad del examen médico completo anual.

El reconocimiento médico especializado consiste en el examen minucioso de todos los sistemas y aparatos, quedando en su poder un dossier completo de todo el historial, exploración clínica, junto con los datos de laboratorio y radiografías a usted practicadas.

Esto es lo que actualmente le ofrece el INSTITUTO DE RECONOCIMIENTO MEDICO a través de un equipo de especialistas reunidos en un solo local y con una unidad de criterio para que usted pueda realizar su revisión periódica con un mínimo de tiempo y de molestias.

INSTITUTO DE RECONOCIMIENTO MEDICO, Avenida del Generalísimo Franco, 598, segundo (Calvo Sotelo). Teléfonos 217-94-76 y 217-96-32.

INFORMATICA 70

PLAN DE ESTUDIOS OFICIAL B.O.E. 14-4-69

SE INICIAN LOS CURSOS DE:

- programador de aplicaciones
- analista de aplicaciones

INFORMES:

BARCELONA: Manila, 49 bajos
Teléfono: 203 68 50

MADRID: Av. Generalísimo, 132
Teléfono: 215 68 40

bit, S.A.